



Madrid Cómico

DIRECTOR: CARLOS DE BATLLE

Luis Gabaldón, apunte por MARÍN

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Félix Limendoux.

EL QUE NO SE CONSUELA...
por Enrique López Marín.

POLIDORO, candidato
por Maurice Curnousky.

IRONÍA
por Rafael Torromé.

LA ARMAZÓN
por Joaquín Dicenta.

PENITENCIA PREVISORA
por Santiago Iglesias.

DESCUBRIMIENTO

LIBROS RECIBIDOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

EN EL AÑO 2000
fantasía novelesca, por E. Bellamy
(Continuación).

ANUNCIOS



GRABADOS

LUIS GABALDÓN
apunte del natural por R. Marín.

POLIDORO, candidato
por Gil Baer.

LOS MACARRONES
historieta, por Job.

EL SANTO DEL PAIRÓN
historieta, por Arveras.

AL AIRE LIBRE
por Diávolo.



Como en los yankis hay reyes
del azúcar ó el arroz,
él, á su vez, es el rey
de la despreocupación.

Además de escribir mucho,
presume de buena voz,
y el día menos pensado
va á resultarnos tenor.



15 CÉNTIMOS



¿Política?... ¿Literatura?... ¿Sucesos?... «Todo es uno y lo mismo» para mí, sin ser Shelling ni mucho menos. Hoy me conceptúo el hombre más desgraciado de la creación.

Ya saben ustedes que Espronceda dió la definición exacta de los treinta años, llamándolos

Funesta edad de amargos desengaños...

Pues bien; en ese momento histórico de mi vida me encuentro.

El día 9 de este mes, á las diez de la mañana, he cumplido esos ¡malditos treinta años!

Hasta aquí fué motivo de controversia mi edad, ni más ni menos que si se tratase de un escritor de varios siglos *há* (¡oh, Chaves!); y hubo quien llegó á creer que podía formar parte de la redacción de *Gente Vieja*, y que lo único que me lo impedía era usar para el pelo el mismo tinte que emplea Granés.

Aunque Granés es mucho más joven que yo.

Pero no divaguemos.

Cumplir treinta años para verse reducido á la expresión infima de colaborador constante de todos los semanarios de la villa y corte, no es un término en la carrera artística de un escritor, ni mucho menos.

¿De qué me vale haber abastecido durante muchos años el teatro cómico con obras que se llamaban *El Gorro Frigio* y haber padecido persecuciones de la justicia cuando escribía las *Cartas del Duende de El Ideal*?

¡Pobre de mí! Verme zaherido por la ¡alta crítica! y verme en la Cárcel Modelo, como me he visto, ocupando la celda H, para llegar á los treinta años sin otra retribución metálica que los picaros duros que esta crónica me vale, vuelvo á repetir que no es una gloria.

No tengo hijos, á pesar del calor que hace en mi casa; pero si los tuviese haría todo lo posible por dedicarlos á otra cosa distinta de todo lo que fuese literatura mercenaria.

La literatura es para cultivarla como una flor de invernadero: con los cuidados más exquisitos. Pero no para «ejercitarla» á todas horas, en todas las redacciones y con arreglo á lo que pide cada Director de periódico.

¡Quince años de coplas, de artículos, de piezas para el teatro, de discusiones literarias y políticas!

Voy creyendo formalmente que la juventud es una dulce ilusión y que, durante esa época de la vida, se es más formal que cuando nota uno la falta de pelo (y conste que aún no ha llegado ese caso). Porque ahora es cuando dejo de tomar en serio muchas cosas y cuando empiezo á sonreirme de otras...

¡Con qué facilidad estoy llenando cuartillas y más cuartillas que hace diez años hubiesen sido mi preocupación. ¡Cómo manchar entonces su nivea blancura sin ¡un pensamiento!, ¡una frase! ó ¡un chiste!?

Y hoy, sin embargo, van desfiliando ante mi vista, llenas de simpatías y de vulgaridades, pero sabiendo que con ellas hago una crónica para MADRID CÓMICO.

¡Les molesto á ustedes?

Esta pregunta, que constituye un inciso del artículo, ya sé que no obtendrá respuesta inmediata, porque no es posible que el lector establezca relación *tête à tête* con el cronista... Pero queda á ustedes el recurso de suspender aquí mismo la lectura y dejarme con las líneas impresas en la boca.

Harán ustedes perfectamente; ¡qué derecho tienen á soportar este desahogo, más ó menos velado, con el cual trato de interesarles en cosas que maldito si les interesan?

Si; voy para viejo: ante mí va estrechándose el horizonte que antes tuvo resplandores purpúreos; la senda que piso va reduciéndose cada vez más y arañan mi rostro las hojarascas de los linderos, aquella arena donde hundía mis pies, va siendo tierra calcinada, cuyos guijarros me hieren; la brisa que oreaba antes mis sienes es hoy vendabal que azota mi rostro con ráfagas tumultuosas...

¡Malditos treinta años!

¡Si yo pudiera convencer á ustedes de que sigo siendo joven!

Pero, ¡á qué molestarme? Para vosotros, lectores míos, empezaré á ser viejo desde hoy.

Para las lectoras, soy Galileo aún.

¡E pur si muove!

**

Se está poniendo muy mal eso de ser Jefe de Estado.

Va uno á darle la mano á un caballero particular y le suelta dos tiros, como le ha pasado á Mac-Kinley.

Se sienta uno en el banco de un balneario á leer un periódico, y le dan otros dos tiros, como le pasó á Cánovas.

Toma uno un coche para ir á su hotel, y le pegan dos puñaladas, como le ocurrió á Carnot.

¿Qué hay que hacer, pues, señores anarquistas?...

Ya sé que conmigo no va nada; porque ni asisto á la Exposición Pan-Americana, ni tomo aguas en Santa Agueda, ni voy á que me ovacionen en Lyon.

Pero, de todos modos, es cosa que me preocupa pensar que si algún día, por el hecho de tener la barriga de Azcárraga ó las orejas de Posada Herrera, ó cualquier otro apéndice, llego á presidir un Consejo de ministros, puedo verme en la misma exposición.

Cosa que puede igualmente ocurrirle á cualquiera de ustedes.

Por eso me felicito cada vez más de esta dulce mediocritas de que disfruto.

No creo que se juramente ningún Ravachol futuro para asesinar-me, por unas coplas que yo publique en *Blanco y Negro*, pongo por caso.

Lo incomprensible es que no prevalezca lo que Gedeón me ha dicho:

—¿Cómo no se hacen anarquistas los reyes?

Volviendo al atentado, de que ha sido víctima el presidente de los Estados Unidos, declaro á ustedes que leyendo la prensa me produce igual efecto que la cogida de un torero célebre.

Todos los partes tienen el mismo valor que esos otros con que nos alarma la prensa diaria á raíz (!) de cualquier cogida:

«Que está mejor»... «Que empeora»... «Que podrá torear pronto»...

«Que no podrá torear»...

Y ese es Mac Kinley en estos instantes.

«Que si se cura»... «Que si podrá presidir»... «Que si no podrá»...

Va á resultar que el atentado quedará reducido á un suelto más ó menos ingenioso de mi amigo *El Barquero*.

**

La Unión Ibérica no es cosa de congresos, academias, comités ni agrupaciones.

Todo Pando y Valle que lo crea así se equivoca de medio á medio.

La susodicha unión se hace por medio de los trenes baratos, con ó sin Mestre Martínez, que es *mestre* en eso y Martínez en lo demás.

Este es el único modo de aproximarse; y así, estamos viendo que unos trenes van con españoles y otros vienen con portugueses.

Palomero nos ha contado día por día su estancia en Portugal... ¿Quién será el Palomino portugués que nos describa de igual manera ante sus compatriotas?

¡Como no lo haga bien, me en-fadol!

**

Antes de firmar:

A los juegos florales de Salamanca han concurrido tantos poetas, que los originales en verso pesaron, según *El Liberal*, ¡dos arrobas!

Estoy en el secreto: ¡por lo menos un kilo era de Calixto Ballesteros!

FÉLIX LIMENDOUX

—3*—

El que no se consuela...

(DEL NATURAL)

Eran... más de las tres de la mañana,
(No importa el día, la ocasión, ni el sitio).
Al pie de una farola, de esas grandes,
—que apaga á la una en punto el Municipio
creyendo que en las horas sucesivas
se alumbran por su cuenta los vecinos —
se hallaban, *alumbrados* por el *mosto*,
dos *curdas* filosóficos, amigos.

—Desengáñate Pepe...

—decía el más borracho —no hay motivo
pa que un hombre de bien que, por sus cosas,
constituye un hogar y *tié* un oficio
y se conforma á trabajar sudando
como un *servidorito*,
no tenga *pa* vivir lo que otros tienen:
buena casa, automóvil, caloríferos,
ama de cría, abono á delantera,
cigarros y... ¡el delirio!

¡Y ya ves como visten!.. Esta noche
ví, al salir de Romea, un señorito...
amos, me dió vergüenza... ¡Hasta botines!...

—¿Y qué?
—Que yo no puedo resistirlo,
que soy un desgraciado y que estas cosas
me cuestan muchas lágrimas...

—¡Benito!

—¡Sí!

—La *felicidad* es una mina
que *tié* que descubrirla el hombre mismo,
—No te entiendo.

—Señor, quiero decirte
que tú, *tiés* un destino
pongo por *arbañil*; *pus* llega el sábado,
haces así y te gastas tres ó cinco
en tomarte dos copas ó doscientas,
que eso es cuestión de como sea el vino.

—Conformes.

—Pues ya está; tú eres un hombre

dichoso con dos copas.

—No transijo.
Si yo me tomo dos en armonía
pa alegrarme el espíritu
y no sacan después una docena...
ya me tienes llorando como un niño.
Luego no soy feliz. Y eso que el *soplen*
es *pal* hombre que sufre sacrificios
una compensación.

—¡Qué duda cabel
—¡Si se la quitan... que le den un tiro!
—Aquí me *tiés* á mí; yo sí que puedo
quejarme más que tú.

—¡Que no, te digol
Tú tendrás lo que quieras, pero en cambio
tienes una mujer que hace pitillos
como la propia Singer, *pa* que comas,
pa que si á mano viene ó por capricho
te *quiés* poner un día una camisa
te la pongas y salgas bien vestido.

—Eso sí; pero, bueno, ¿y cuándo viene
con la *tajada*?... ¡Entonces no la has vistol...
—¿Qué pasa?

—¡Que se pone á darme golpes
como una local!...

—¡Atizal...
—Y me *resizno*
porque ¿qué voy á hacer?

—¡Matarlal
—¿Y luego?

A la Cárcel Modelo y me he lucido.
¡Pa que veas que soy un desgraciado
mucho mayor que tú!...

—¡No llores, chico.

Hay lágrimas á dúo. En este instante
se acerca al grupo de los dos amigos
otro *curda* ambulante: —Caballeros...
¿por qué lloran ustés, qué ha sucedido?...
—¡Compadre, son las penas!...

—¿Cómo dice?...
¿Las penas?... ¡En el mundo de los vivos
no hay quien tenga más penas que los peces,
que no pueden probar jamás el vino!...

—Oye, *pus* *tié* razón. Se acabó el llanto
porque, *miá* que los peces... ¡Pobrecillos!...

ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN

PARÍS

Polidoro, candidato.

A Octavio Mirbeau.

Cada tres meses recibo la visita de mi
gran amigo, Polidoro Goulaju.

Y el hecho es que, á pesar de que dicha
visita constituye un sablazo invariable para
pagar al casero, le recibo siempre con gusto
y con cierta indulgente simpatía.

Polidoro es un alma de Dios, que ha re-
suelto la existencia á costa de sus amigos.

Hace diez años que vive libre de preocupa-
ciones; no ejerce ningún oficio porque se
cree superior á todos, y además no tendría
tiempo para ello; pasa la vida pensando plan-
es maravillosos para el porvenir.

Como decía Emilio Girardin, tiene una
idea por día, y cada una de ellas ha debido proporcionarle una mil-
lonada ó la cruz de la Legión de honor.

Lo triste ha sido que nunca pudo realizar ninguna de sus atrevidas
concepciones; pero él no se arredra ante esta fatalidad, desprecia á
las muchedumbres que no le comprenden.

Cuando su última visita, que
me ha costado los 47 francos
25 céntimos de ordenanza, Po-
lidoro me ha declarado con
aire de triunfo que acababa de
descubrir su verdadera vo-
cación.

—¿Es posible?—hube de pre-
guntarle.

—¡Como lo oyes!—me con-
testó mientras llenaba de ta-
baco una de mis pipas y se
disponía á fumarla.—He re-
suelto presentar mi candidatu-
ra en las próximas elecciones
legislativas. Apenas iniciada la especie, he comenzado á recibir adhe-
siones; cuento con todas las *brasseries* de la Bute.

—¡Magnífico!—le contesté.—Supongo que tendrás un programa.
—¿Programa?—exclamó Polidoro desdeñosamente.—Querido ami-



go, vives en el Limbo; un programa lo tiene cualquiera, yo tengo algo
más que eso: tengo *una idea!*

—Ya me lo figuraba—insinué timidamente.

—Mi idea vale más que todos los programas juntos. ¿Tú habrás po-
dido apreciar la absoluta indiferencia del pueblo francés en asuntos
políticos?

—Efectivamente.

—La mayoría de nuestros conciudadanos, convencida de que todas
las opiniones políticas sólo conducen á la explotación del pueblo por
sus elegidos, ha optado por no tener opinión. Pues bien; yo quiero
ser el representante de todos los indiferentes, en la seguridad de
obtener una mayoría asombrosa. En medio de tanto diputado par-
lanchín é interruptor, yo seré el diputado *que no hable*.

—Hay muchos así—me permití indicarle.

—No te lo niego. Pero mi silencio será la voz de la muchedumbre
irónica y hastiada de política.

—Mi actitud será una censura
constante y una vergüenza pe-
renne para los culpables. So-
bre todo, mi traje será un
símbolo.

—¿Tu traje?

—Sí, hombre, sí; mi traje—
afirmó Polidoro seriamente.—

—Fíjate en lo que voy á decirte!
¿Qué diputados son los más re-
nombrados en el Palacio de
Borbón y cuya gloria ha trans-
cendido hasta los más modes-
tos rincones de Francia? Preci-
samente aquellos que han sabi-
do dar á la representación de
sus electores una forma viva
y palpable. ¿Qué son los discursos de Jaurés y las interrupciones
de Baudry d'Asson, ante la blusa de Thivrier y el albornoz de Gre-
nier?...

—Pero éstos hablan.

—Ahí está *mi idea* para completar. ¡*Mi idea!*

—Pero, ¿cuál es?



—Llegar al límite del símbo-
lo y de la representación: ser
la encarnación de la Verdad
menospreciada. Yo seré *el di-
putado encueros!*

—¡Encueros!—me atreví á
preguntarle asombrado.

—Sí, señor. ¡Desnudo como
la Verdad, desnudo como la
Vida, desnudo como el Ideal,
desnudo como el héroe de
Musset, aquel delicioso Has-
san!...

—Pero, hombre, ¿qué estás
diciendo?

—¡No seas idiota!—me re-
plicó con la gravedad de un
completo parlamentario. Acuér-
date de los versos de Musset:



«*Tout es un sur la terre, hormis l'hypocrésie;
tout es un dans les cieux, tout es un dans la vie,
les tombeaux, les enfants et les divinités.
Touts les cœurs vraiment beaux laissent voir leurs beautés.*»

Pues bien; de la misma manera, Polidoro Goulaju aparecerá ante
los pares de Francia, completamente desnudo.

—Pero, ¿y las cosumbres?

—¿A mí, qué?

—¿Y la autoridad?

—¿Y mi inviolabilidad parlamentaria? Sobre todo que, para evitar
eso, me desnudaré una vez dentro de la Cámara, y allí todos somos
hombres. En último caso, si me obligan á ello, llevaría un calzón de
baño únicamente.

—Tricolor, ¿eh?

—Naturalmente, para justificar el símbolo. Y yo te respondo de
que al cabo de algunos meses se hablará de mí en toda Francia.

—Perfectamente; lo que yo creo es que
donde debías presentarte así, era en la Aca-
demia.

—Eso más adelante—añadió Polidoro de-
jando el asiento.—Mientras tanto, cuento
con tu voto.

—¡No faltaba más!—le contesté estre-
chando la mano que me tendía.

—Pero esencialmente lo que de tí nece-
sito es tu pluma en la prensa. Conviene
que lo digas en los periódicos para que no
haya quien me robe *la idea*. ¡Oh, el diputado
encueros!

—Te saldrá bien barata la representación.

—¡Figúrate! No hay que gastar en ropa, y así podré dedicar á lo
que quiera los 25 francos de dieta, que es lo interesante—añadió Po-
lidoro mientras anudaba en el pico de su enorme pañuelo de hierbas
los 45 francos 25 céntimos que acababa de darle.



(Ilustraciones de Gil Baer.)

MAURICE CURNOUSKY

LOS MACARRONES, historieta por Job.



— 1 —

Ironía.

Sale el pueblo romano al bosque, y llora
en él su desventura
al abrigo de aquella protectora
sombra de la espesura;
y un árbol, que le escucha, al pueblo llama,
y con voz seductora
ante la inmensa multitud exclama:

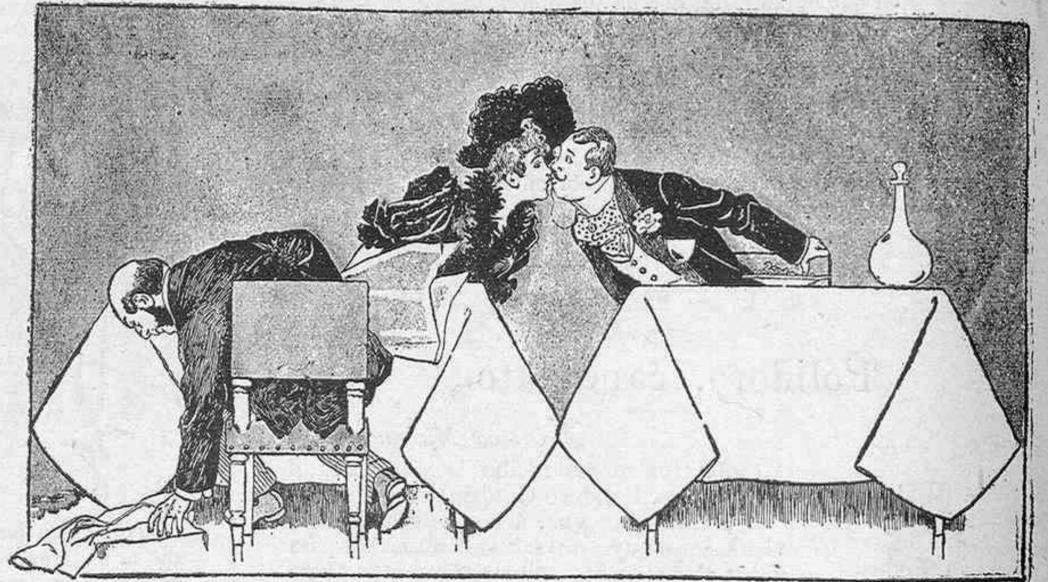
—Ni ves en Roma paz, ni en tus hogares
mansión donde reposes.
Si mitigar no pueden tus pesares,
¿de qué sirven tus dioses?
Fueron leños, cual yo; los has tallado
y en soberbios altares
su carcomido tronco has encumbrado.

Y te desprecian hoy desde su cumbre,
y olvidan sus promesas,
y aceptan como torpe servidumbre
el culto que profesas.
Y, regalando su ambición avara,
¡oh incauta muchedumbre,
aún haces sacrificios en el aral

Truecas un leño en dios, pueblo romano,
y postrado te humillas
ante aquel fruto de tu propia mano.
Le ofreces de rodillas
ricos presentes, si la furia doma
del bárbaro germano,
y el bárbaro otra vez invade Roma.

Rueden los dioses, rueden esos viles
que en tus hombros levantas.

Ayer sentían dentro los reptiles
y hoy los ven á sus plantas,
Derrumba aquellos que elevar te plugo.
Las almas varoniles
no se doblegan á infamante yugo...



— 2 —

El pueblo mira al árbol elocuente
con asombrados ojos,
y exclama, desbordándose el torrente
de sus fieros enojos:
—¡Mueran los dioses!—¡Mueran! la espesura

repite, y lentamente
se va perdiendo el eco en la llanura...

El espacio se inflama con la vida
del sol esplendoroso;
la multitud se mueve enardecida,
y aquel árbol frondoso
va manando el caudal de su elocuencia,
que trae confundida
de tiernas flores la sutil esencia.

El orador prosigue:—Me estremece
tu angustia y tu quebranto.
Yo soy el árbol popular, que crece
regado con tu llanto.
Nadie mejor que yo calmar pudiera
el mal que te entristece
si transformado en dios mi cuerpo viera.

Indigno soy de que el artista osara
tallar mi leño rudo;
pero si tu bondad lo decretara,
vieras en mí tu escudo.
No aceptaría, no, los sacrificios
que ofrecen en el ara
con penuria y esfuerzo los patricios.

Daría al pueblo paz, fruto á la tierra,
á tus lares abrigo,
al galo peste, á los germanos guerra,
á los dioses castigo,
y en el invierno al bosque nemoroso
los encantos que encierra
la verde pompa del verjel frondoso.

Yo, que te ví crecer bajo el arrullo

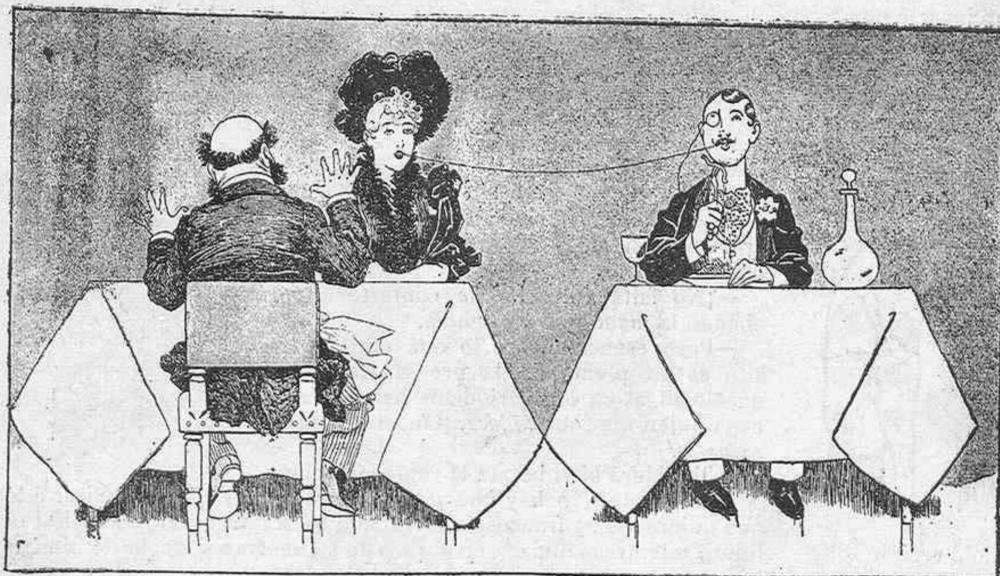
de éstas mis verdes hojas,
como bajo una flor nace un capullo;
yo, que oigo tus congojas,
que sigo con placer tus alegrías,
que imito tu murmullo,
¿no he de tomar tus penas como mías?

Si no me escuchas, alzas una hoguera
con mi cuerpo y tus dioses,
que vengarte al morir, morir no fuera;
pero ya que no oses
venganzas, glorifica mi destino,
que así, emplear pudiera
en honra tuya, mi poder divino.

Arranca el pueblo el árbol elocuente
del umbroso paraje,
y exclama, mientras besa humildemente
su espléndido follaje:
—¡Viva el dios nuevo!—¡Vival la espesura
repite, y lentamente
se va perdiendo el eco en la llanura.

El árbol, conducido y encumbrado
en hombros varoniles,
siente el rugoso leño socavado
por inmundos reptiles.
Y con la voz oculta en el bullicio
dice:—¡Pueblo obcecado,
vil pedestal de carne, ese es tu oficiol...

RAFAEL TORROMÉ

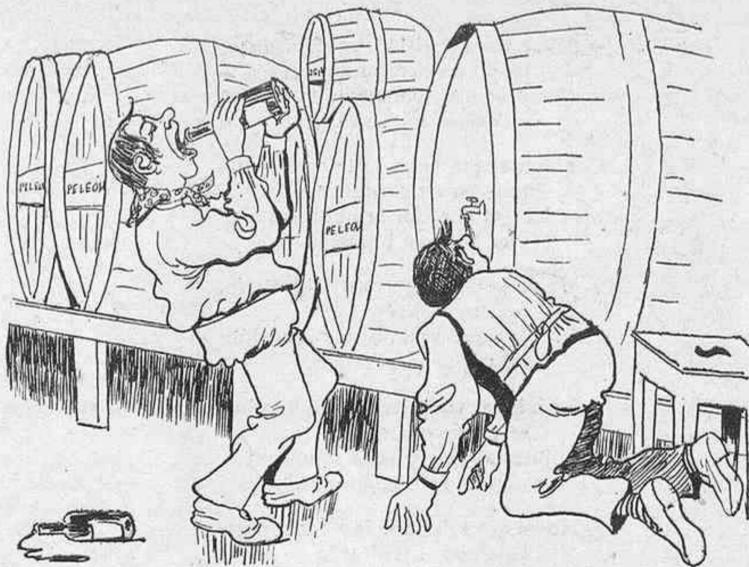


— 3 —

EL SANTO DEL PATRÓN, historieta por ARVERAS



1.—Ahí va la llave de la bodega, que hoy es mi santo y quiero que echéis un trago á mi salud.



2.—¡Viva el patrón!
—¡Viva Noé!

La armazón.

Siempre que paso por enfrente de los edificios en construcción que se alzan á un lado y otro de Madrid, me detengo para contemplarlos y me paso las horas muertas delante de ellos, de esos esqueletos de madera que representan la vida, como los esqueletos humanos representan la muerte; de esos heraldos de la vida que dicen en nombre de ésta á curiosos y transeuntes: «Miren ustedes cómo crezco. Voy teniendo facha de persona formal».

Los que se detienen frente á los tales bocetos de edificios calculando ese número de pies cuadrados que ocupan las habitaciones de que constan, el importe de la mano de obra, el del alquiler probable y la contribución perpetua, para deducir con todos estos gastos su coste, sus gravámenes y sus productos, no comprenderán la extraña impresión que me producen las ideas que despiertan en mi cerebro y los sentimientos que se agitan en mi espíritu.

Estas ideas, esta impresión y estos sentimientos son puramente personales, *subjetivismos* que suelen no molestar al público; *literaturas*, como dice desdeñosamente cierto sujeto amigo mío, que fue corredor de usura en sus mocedades y ahora es usurero en efectivo y diputado á Cortes.

Pero, en fin, es lo cierto que esas armazones de edificios, ese entrecruzamiento de vigas, esas jaulas rectangulares que se distribuyen y fraccionan dentro de otras jaulas mayores, como los nidos de los pájaros en una canariera, representan para mí algo más que el boceto de una casa: representan un cuerpo vivo, un ser que gesta al aire libre y á cuya gestación asisto día por día, hora por hora, minuto por minuto, viéndolo tomar carne, sangre, nervios, color y forma á presencia del sol que lo ilumina y del aire que lo sacude.

Hermosa gestación á la que colaboran, como otros tantos elementos vitales, el albañil que subido sobre el andamio recubre el esqueleto de ladrillo, y sujeta los ladrillos con argamasa; el carpintero que construye puertas y encuadra ventanas y entarima suelos; el herrero que forja cerraduras, antepechos, llaves y fallebas; el cantero que pule el mármol y borda el granito, para modelar entre todos aquel cuerpo y entregarlo después con sus huesos, con sus músculos, con sus nervios, con su aparato circulatorio, al revocador que alisa su piel; al pintor que la embellece y la colora, y al papelista que la *epiderniza*. Suma de fuerzas que aun contribuyendo á aquel ser, haciéndole útil para los otros seres y que después de unificarlo, de or-

ganizarlo y de fortalecerlo, lo dejan solo, firme sobre sus cimientos de piedra en espera del alma que le falta y que ha de terminar la obra comenzada por ellos.

Aquel organismo carece de ideas, de sentimientos, de pasiones; no está completo; es algo así como el niño horas antes de salir del vientre de su madre: tiene todo lo necesario para sentir, para pensar y para querer; sólo espera que, pasiones y sentimientos y voluntades se acerquen á él y entren en el domicilio que se les destina.

Y pasiones y voluntades y sentimientos llegan al interior del edificio como llegan al corazón del hombre; poco á poco, uno á uno; lo que en éste son sensaciones externas que producen internos afectos, en aquél son grupos de vecinos que se apoderan de los cuartos y se extienden por ellos, y á ellos llevan sus coloquios, sus dolores, sus odios, sus cariños, sus venturas y sus desgracias, sus ambiciones y sus desengaños.

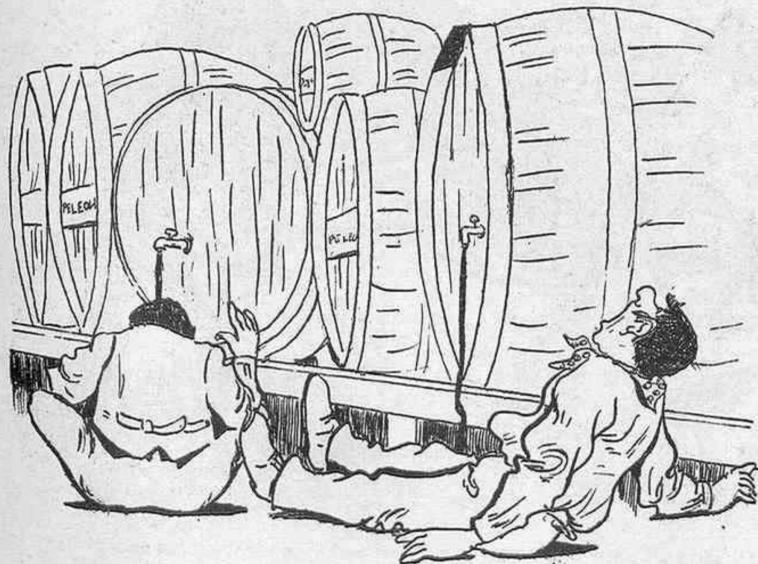
Ya tiene alma el nuevo viviente, ya está completo; empieza su vida y al empezar la vida empieza la lucha. De igual modo que en el hombre se confunden y se suceden todas las pasiones y las vibraciones todas del espíritu, así en el edificio se confunden y mezclan, el canto de la muchacha que sueña amores, con el llanto de la vieja que gime desdichas; la alegría, el placer, todo vive junto en aquel organismo complicado; y así como el hombre sustituye unos sentimientos por otros, unos vecinos dejan el puesto para que otros lo ocupen; y el edificio sigue en pie, viendo entrar á éstos y salir aquéllos, sin que tales mudanzas y tales combates trasciendan á su fachada, siempre igual, sentida por el tiempo y restaurada por el revoque.

Vive así, como vivimos los hombres, ocultando nuestras desdichas, nuestros rencores y nuestras esperanzas, para enseñar al público su rostro siempre igual y casi siempre placentero.

Pero el tiempo no pasa en balde: aquel ir y venir de vecinos avieja el edificio, como el ir y venir de las pasiones avieja al hombre, y llega un día en que el hombre muere, como llega un día en que el edificio se desploma luego de haber sido amparo de muchos, refugio de algunos y ventura de los menos.

El edificio no sirve, cae; el hombre no sirve y muere; la armazón se rompe; el esqueleto se convierte en polvo, y sólo quedan en pie el valor firme y la naturaleza fecunda: dos materias eternas que ni el tiempo destruye ni las pasiones esterilizan.

JOAQUÍN DICENTA



3.—«El vinillo es de primera...»
—«El vinillo es superior...»



4.—Pues veníamos yo y éste á ver si tenía usted por ahí alguna botellita reservada, porque en la bodega no queda ya vino.



Penitencia previsorá.

— Señor Cura, quisiera confesarme;
tengo un pecado atroz,
que me atormenta, que me quita el sueño...
— Vamos hija, valor.

Confésale, que Dios, si te arrepientes,
te le ha de perdonar,
porque ama al pecador arrepentido
y es la suma bondad.

— Me da tanta vergüenza, Padre mío...
— Pero, convéncete
que si no le confiesas, no hay remedio:
no te puedo absolver.

— Pues bien, yo quiero á un hombre como á nadie
se puede querer más,
y le he jurado amarle hasta la muerte.
— ¡Que es pecado jurarl!

— No es eso sólo; por la noche, juntos
bajamos al jardín
y me dice unas cosas...
— Me imagino
lo que te ha de decir.

— Y ayer, más cariñoso que otras veces
llamándome de tú,
me dió un beso en la boca al despedirse.
— ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

— Y yo le devolví, y esa es mi pena.
— Pues eso es lo peor...
pero en fin, si contrita te arrepientes...
— Padre, creo que no.

— Pues hay que arrepentirse, ese pecado
es una enormidad,
y por él, sin remedio, ¡sin remedio!
te vas á condenar.

Para absolverte, en justa penitencia
que espero has de cumplir,
no le vuelvas á ver jamás á solas,
porque el diablo está allí.

Cumple la saludable penitencia,
será tu salvación,
porque si no, hija mía, ese pecado
¡es muy fácil que llegue á ser mayor!

SANTIAGO IGLESIAS

Descubrimiento.

LUIS ESTESO Y LÓPEZ DE HARO

Realmente es algo así como *la telegrafía sin hilos*.
Este señor ha venido á visitarnos con un libro de poesías bajo el
brazo, y una navaja de quince muelles en el bolsillo.
De igual manera se presentó en el teatro de Apolo y asustó á unos
cuantos autores pusilánimes.

En el cuarto de Emilio Carreras habló alto y fuerte para decir
que saltaría por encima de cuantos obstáculos se le opusieran... En-
señaba la susodicha navaja, y el pobre Emilio, que no está acostum-
brado á ver esas armas, como no sean de guardarropía, llegó á creer
que el joven Luis era hombre de armas tomar.

Bien informados, podemos nosotros revelar *el tipo*.
Según confesión propia es *hortera* en Valdepeñas, allí despacha
géneros, haciendo las delicias de las parroquianas por su locuacidad
un tanto afeminada, cosa que no concuerda con sus arrestos de
valentía.

Ha debutado en el *Molino Rojo*, una barraca cómico-lírica que hay
en Chamberí; y en dicho solar ha representado un monólogo suyo
que le valió una gran ovación y un suelto del *Heraldo*.

En un libro suyo que se titula *Madrid Cómico*, aparece en la por-
tada retratado con pañuelo á la cabeza y en actitud bastante indecente.

Ante esto y ante su último libro, titulado el *Palacio de la Musas*,
nos vemos absortos sin saber si recomendar dicho señor á D. Juan
Valera, como crítico, ó á D. Antonio Barroso, como gobernador civil.

Nosotros ni quitamos ni ponemos.
Lo que se nos ocurre únicamente es dar un soneto del interesado
para que nuestros lectores juzguen. Porque el caballero lo mismo
puede ser un poeta que empieza que un loco que acaba.

El soneto indudablemente, está mucho mejor hecho que él.

Yo adoro á una mujer con un tesoro
de amor sublime, de un amor que ciega,
soy á sus plantas el que humilde riega
la tierra en donde pisa con su lloro.

Sus besos, rutilantes notas de oro
cuando sus labios cárdenos despliega,
son gala de la virgen que se entrega
muda ante la impresión de un «yo te adoro».

Matarla es imposible aunque es culpable,
que al fin arrepentida de amor llena,
perdón ha de pedir la pobre loca.

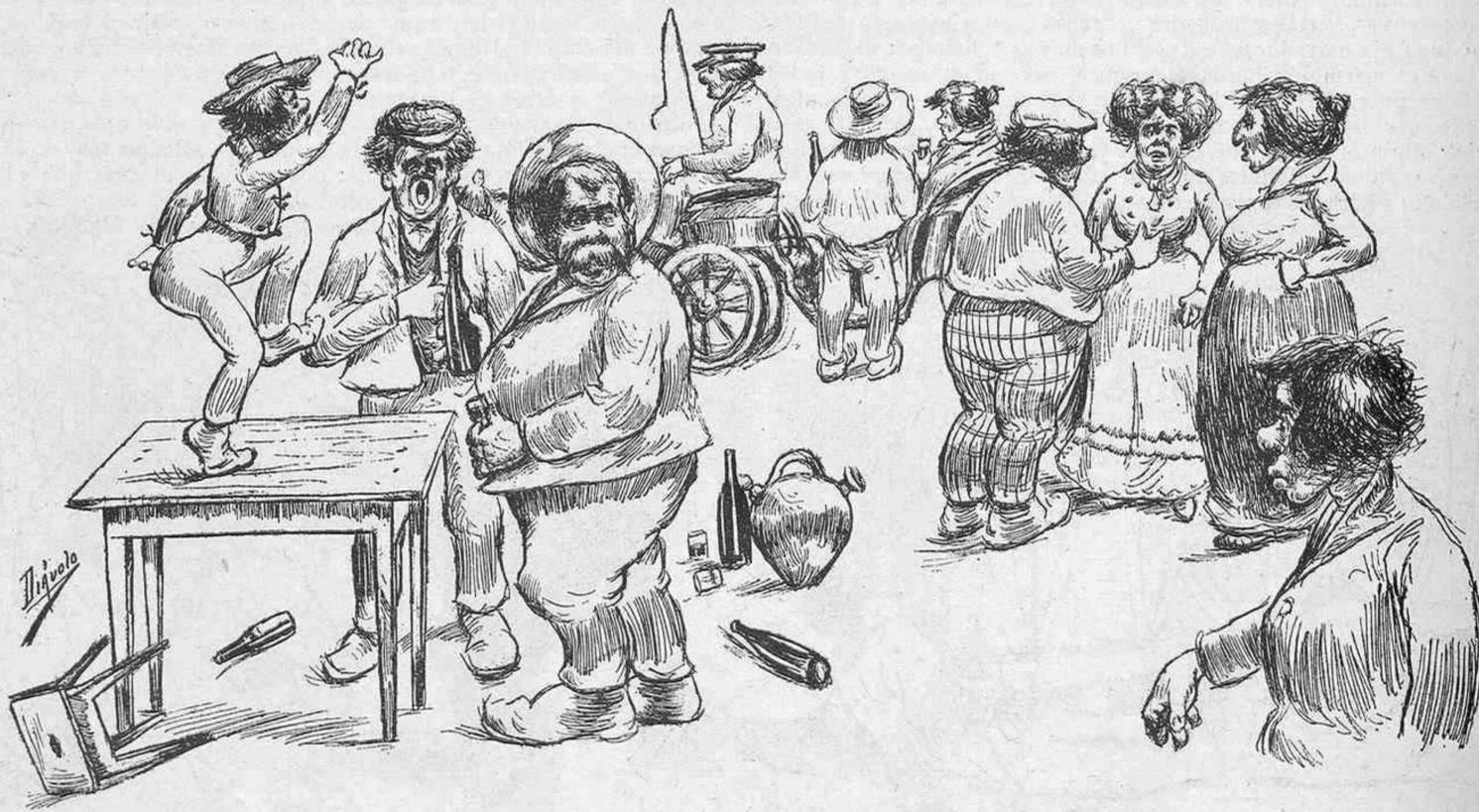
Y en lugar de decirla ¡miserable!
formaremos de nuevo la cadena
con un beso no más de nuestra boca.

Y de esto tomen enseñanza los que se juzguen postergados.
Con un libro, una navaja de quince muelles y el desahogo de un
hortera de Valdepeñas, hace su reputación el más pintado.

Lo de *pintado* no es alusión.

A pesar de que, según confesión propia, también *torea*.

AL AIRE LIBRE, por «DIÁVOLO»



Como en los cafés cantantes
lo flamenco se prohíbe,

ya no queda otro remedio
que bailar al aire libre.

LIBROS RECIBIDOS

Sin U, poesías, historietas, pensamientos, cantares, epigramas, logogrifos, charadas y otros pasatiempos escritos prescindiendo de aquella vocal, por Sebastián López Arroyo. Un volumen, 1 peseta.

La segunda enseñanza.—Real decreto de 17 de Agosto último. Un folleto de absoluta necesidad para los estudiantes, 0,50 peseta.

Las carreras científicas, literarias, artísticas y administrativas de España. Estudios, gastos y porvenir que ofrecen, por Marcelino Oca.—Nueva edición comprendiendo 140 carreras ó profesiones distintas, 3,50 pesetas en Madrid, 4 en provincias.

Paisajes parisienses, por Manuel Ugarte, prólogo de Miguel de Unamuno. Un grueso volumen en 8.º, 3,50 pesetas.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. S. A.—*Madrid*.—La composición me gusta y está bien hecha, pero aun aceptando para MADRID CÓMICO trabajos serios, el de usted es verdaderamente tremebundo y *ainda mais*. ¿Por qué no la envía usted á *Vida Galante*? De *Noble defensa* no me acuerdo, palabra de honor. Mándela otra vez.

R. Z.—*Madrid*.—Hombre ¿no ha comprendido que aquello no se puede publicar?

CURRO CALVENTE.—*Málaga*.—Aprovecharé el cuento corrigiéndolo, aunque usted opine lo contrario; el soneto es antipático.

AGUA DE COLONIA de fino perfume y baratura incomparable, no hay otra que la de Orive. Desde 3 reales frasco. Litro hasta 4 pesetas.

M. T. DE R.—Empieza ¡muy bien!

Una vez quise morirme por no quedarme sin madre...

Es una solución: para no ser huérfano: pegarse un tiro. ¡Hijo de mi corazón!

J. J. E. P.—¡Cantares, no! ¡Basta ya de cantares, amado pueblo!

E. C. y S.—¡He dicho que cantares no!

R. M.—Acrósticos ¡¡menos!! Tal vez sirva la *Plancha*.

R. C.—*Algeciras*.—¿Me ofrece usted 26 sonetos y empieza enviándome el dedicado á *Krüger*? ¡Horror! Y dice usted que tiene otro de los 26 dedicado á *Polavieja*?... ¡María Santísima!... ¿Y además me ofrece usted varios sonetos en prosa? ¡Por Dios! ¿No ha comprendido usted que soy viejo ya para tragarme esos *paquetes*? ¡*Guasonstibilis*!

L. M. y M.—*Novelda*.—Y dice usted:

Si escribo versos mal, y mal si leo novelas de Galdós y de Pereda...

En lo primero no va uste descaminado.

J. C. y F. C.—¿Quiere usted competir con los Quintero? ¡Perdonen por Dios, hermanos!

R. G. H.—*Málaga*.—Larga, cursi é incorrecta.

J. D. C.—*Madrid*.—¡Qué lástima de nombre y apellidos al pie de unos versos tan malos!

A. S. C.—*Valencia*.—Ya pareció el *sabio* como podrá usted ver. La parodia de Zorrilla no me llena y los epigramas son indignos de usted. Lo de los *dientes* es del sistema antiguo.

DENTADURA. Siempre sana, siempre limpia, siempre perfumada, con el *Lico del Polor de Orive*, el mejor y más barato dentífrico. 6 reales frasco.

P. C. P.—*Madrid*.—Le decía á usted lo de las bromas porque háme dado en la nariz que los versos que me enviaba los he leído en otra parte.

R. DE Z.—Perdone usted esta vez; pero de una parte que el asunto está muy abusado y de otra, que el verano va de capa caída, me impiden complacerle. Venga otra cosa.

ETCÉTERA.—Un epigrama malo y de un kilómetro, es peor que el atentado á Mac Kinley. Y no hay tocayos que valgan cuando los versos están mal hechos.

X. Z.—*Madrid*.—Estudie usted el final y mándelo nuevo sin que resulte con *¡ay!* y sin que en la composición haya versos agudos en los libres ni asonantados como *sortilegios* y *concreto*. ¿Estamos?

L. UTERIO.—En un tris que al leerlo no «contraigo» yo también otra catarata.

ESOPO.—*Madrid*.—Con *h. h.* y sin *h. h.* ¡hágase usted la pascual! ¡No sirve usted!

En el año 2000.

[14]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

Durante mi relato, mostraban sus ojos viva compasión, y, aunque yo había devuelto la libertad á una de sus manos, me abandonó la otra, notando sin duda el bien que así me hacía.

—Me imagino cuáles habrán sido vuestras sensaciones: ¿eso ha debido ser horrible! ¡Decir que se os ha dejado solo para batallar con vos mismo! ¿Podréis perdonarnoslo jamás?

—No hablemos más de ello—dije;—vos habéis ahuyentado todos esos fantasmas.

—¿Estáis bien seguro de que no volverán?

—Eso no puedo prometéroslo. Todo lo que me rodea me parece todavía demasiado extraño.

—Pero ¿me prometéis no quedaros á solas con vuestra pena? Prometedme venir á buscarnos y trataremos de consolaros, de ayudaros. Acaso no podremos hacer gran cosa; pero siempre será esto mejor que la soledad poblada de semejantes imágenes.

—Os buscaré con gusto, si lo permitis.

—¡Oh, sí, sí, os lo suplico!—dijo apresuradamente.—Yo haré todo, todo para ayudaros.

—No tenéis más que mostraros compasiva como lo hacéis ahora.

—Entonces, convenido—dijo sonriendo, con los ojos todavía húmedos.—La vez próxima me avisaréis y no iréis á correr las calles de Boston, completamente solo en medio de desconocidos.

Durante estos pocos minutos, mi emoción y sus lágrimas nos habían aproximado de tal modo, que me pareció completamente natural la idea de que ya no éramos extraños el uno al otro.

—Yo os prometo—añadió con una expresión de encantadora malicia, que cambió en seguida por una mirada inspirada;—yo os prometo, cuando acudáis á mí, tener el aspecto tan afligido para vos como lo deseáis; pero no supongáis por un solo instante que os crea verdaderamente digno de compasión, ni que debéis estar mucho tiempo triste. Sé de ciencia cierta que el mundo de hoy es un paraíso, comparado con el mundo en que habéis vivido; sé que dentro de poco tiempo no tendréis más que un sentimiento: el de la gratitud á Dios, que ha cortado tan bruscamente vuestra vida de entonces, para trasplantarla á un terreno bendecido.

VIII

El doctor Leete y su mujer, que llegaron en este momento, no se sorprendieron al saber que yo había recorrido la población completamente solo durante la mañana, y quedaron muy contentos de verme tan tranquilo, después de semejante escapada.

—Vuestra excursión ha debido ser singularmente interesante—dijo la señora Leete, cuando nos sentamos á la mesa;—habéis debido ver muchas cosas nuevas.

—Decid más bien que todo lo que he visto me ha parecido nuevo, señora; pero lo que más me ha impresionado, acaso, ha sido no encontrar almacenes en las calles principales, ni casas de banca. ¿Qué habéis hecho de los tenderos y de los banqueros? ¿Los habéis colga-

do, según el sistema que preconizaban los anarquistas de nuestro tiempo?

—No hemos llegado á eso—dijo el doctor Leete;—nos pasamos sencillamente sin sus servicios. Estas son funciones anticuadas en nuestra sociedad moderna.

—Pero entonces, ¿adónde os dirigís cuando tenéis necesidad de alguna cosa?

—En nuestros días no hay ni compras ni ventas. El reparto de las mercancías se hace de otro modo. En cuanto á los banqueros, como no hay dinero, no tenemos necesidad de esa clase.

—Señorita—dije volviéndome hacia Edith;—temo que se burle de mí vuestro señor padre. No me ofendo, porque mi candor debe inspirar, á los aficionados á bromas, magníficas tentaciones. Pero, verdaderamente, tiene límites mi credulidad en lo que concierne á los cambios que se han operado en el sistema social.

—Mi padre no piensa en bromear—dijo Edith con aire tranquilizador.

La conversación tomó entonces otro giro, por haber tocado la señora Leete la cuestión de las modas femeninas en el siglo XIX.

Después de almorzar, el doctor me llevó á dar una vuelta por la terraza (su paseo predilecto, á lo que parecía), y reanudó la conversación que habíamos entablado.

—Parecís asombrado—dijo—de que vivamos sin dinero y sin comercio; pero reflexionando un poco, veréis que entre vosotros el comercio y el dinero no eran necesarios más que porque la producción estaba abandonada á la iniciativa privada. Por consiguiente, entre nosotros, uno y otro han llegado á ser superfluos.

—No comprendo muy bien esa deducción.

—Es muy sencilla, sin embargo,—dijo el doctor.—En la época en que un número infinito de personas, sin relaciones entre sí, producían los mil objetos necesarios á la vida y al bienestar, necesitábanse cambios perpetuos entre los individuos para subvenir á sus respectivas necesidades. Aquellos cambios constituían el comercio, y el dinero era su intermediario indispensable. Pero desde que la nación fué el único productor de todas las comodidades de la vida, ya no tuvo razón de ser el cambio entre los individuos. Podía adquirirse todo en la misma fuente, y nada podía ser obtenido en otra parte. El sistema de la distribución directa en los almacenes nacionales sustituyó al comercio, y para esto era inútil el dinero.

—¿Cómo está organizada esa distribución?

—¡Oh! ¡De la manera más sencilla! Al comenzar el año se abre á cada ciudadano, y se inscribe en los libros del Estado, un crédito correspondiente á su parte del producto anual de la nación. Se le entrega una carta de crédito, por medio de la cual se procura cuando quiere, en los almacenes nacionales establecidos en todos los municipios, todo lo que puede desear. Ya veis que este sistema suprime toda transacción comercial entre productores y consumidores. ¿Os gustará saber qué aspecto tienen nuestras cartas de crédito? Notad—dijo, mientras que yo miraba el pedazo de cartón que me alargó;—

notad que nuestras cartas de crédito representan cierto número de *dollars*; hemos conservado la palabra al suprimir la cosa, y este nombre no es más que una especie de símbolo algebraico, que sirve para expresar el valor relativo de los objetos. A este efecto, los precios de las mercancías, son siempre expresados en *dollars* y por *cientos*, como en vuestro tiempo. El precio de cada adquisición es anotado en vuestra carta de crédito por el empleado, que arranca al mismo tiempo uno ó varios cuadros de puntos correspondientes al valor de vuestra compra.

—Pero si queréis comprar cualquiera cosa á un vecino, ¿tendréis el derecho de transmitirle, en cambio, una parte de vuestro crédito?

—En primer lugar—respondió el doctor,—nuestros vecinos no tienen nada que vendernos, y, después, no puede ser efectuada ninguna transferencia semejante, porque el crédito es estrictamente personal. Para que la nación pudiera admitir una transferencia de ese género, sería preciso que se informase de todos los detalles de la transacción, á fin de garantizar su equidad absoluta. Una de las

mejores razones de la abolición del numerario, es precisamente que la posesión del dinero no implicaba un título legítimo en el poseedor; el dinero tenía el mismo valor en las manos del ladrón ó del usurero que en las del hombre que lo había obtenido por el trabajo. Hemos conservado el uso de los regalos, sólo por amistad; pero la compra y la venta son consideradas como absolutamente incompatibles con la benevolencia y el desinterés que deben reinar entre los ciudadanos, así como con el espíritu de comunidad sobre el cual descansa nuestro sistema social; según nuestras ideas, el hecho de comprar y de vender es antisocial en todas sus tendencias. Es una perpetua excitación á enriquecerse en perjuicio del vecino; ninguna sociedad educada en estos principios podrá jamás pasar de un grado muy inferior de civilización.

(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.
PROVINCIAS
— Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m|m

Madrid Cómico
OFICINAS: OONGEPOCIÓN JERÓNIMA, 10

UNION POSTAL
— Un año, 15 pesetas. —
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,35
Anuncios extranjs.: Ptas. 0,35 l/nea de 45 m|m.



DEPILATORIO VENUS

Descubrimiento maravilloso para hacer desaparecer el vello y suavizar el cutis dándole la frescura de la juventud.

5 pesetas frasco en todas las perfumerías de España.

Se vende en Madrid: Sres. Hijos de J. G. Fortis, Puerta del Sol, 2; Perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y D. Bruno López, Pez, 46.

POR MAYOR: J. LL. PRUNÉS, GOBERNADOR, 6, BARCELONA

Se remite por correo, certificado, mandando 6 pesetas en sellos ó libranza.



SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO 205

BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
— MADRID —
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.
LUZ ELÉCTRICA
Catálogos ilustrados gratis.

MAQUINAS USADAS



SINGER, para coser.

Se compran, venden y dan á plazos.—Se componen todos los sistemas; Se garantizan por el mecánico CEREZO.

ZARAGOZA, 9

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas.—Colchones de muelles.

Colchones de varios sistemas.

Nadie puede competir en precios con el Almacén

➔ **1, PLAZA DE LA CEBADA, 1** ➔

BIBLIOTECA MODERNA ILUSTRADA

Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 cént. volumen

- I.—A. Palacio Valdés.—*Seducción*.
- II.—J. Benavente.—*Noches de verano*.
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia*.
- IV.—S. Rueda.—*Piedras preciosas*.
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvía*.
- VI.—Jacinto O. Picón.—*La Vistosa*.
- VII.—Hermanos Quintero.—*Frustrerías*.
- VIII.—G. Martínez Sierra.—*Horas de sol* (novela).

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado aumentase al pedido 25 céntimos.

EN PAÑOS MENORES

CUENTOS DE VERANO

Cuaderno, 15 céntimos.

Los pedidos á la Administración de este periódico.

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.